

El traslado de los restos de Guerrero de Cuilápam a Oaxaca

Jorge Fernando Iturribarría
1956

Cuando la comitiva llegó a Cuilápam, todos los concurrentes entonaron un responso a toda orquesta. Luego, penetraron al templo y se procedió a la exhumación. Tocó dar los primeros golpes para desprender la losa del sepulcro, a los principales funcionarios, o sean el gobernador Ramírez de Aguilar, el secretario de gobierno, don Ignacio Núñez; don Carlos Barrutia, regente en comisión de la Suprema Corte de Justicia, y el comandante de las armas, general Reyes. Actuó como médico, el profesor de medicina, catedrático de medicina en el Instituto y médico del hospital de San Cosme y San Damián, don Juan Nepomuceno Bolaños.

Refiere la crónica escrita por don José Manuel Micheltoarena, que como a una vara de la superficie del terreno fue hallado un cadáver, cuyos huesos se encontraban en completo desorden y a media vara de profundidad se encontraba el cadáver del general Guerrero. Tenía una mascada negra amarrada a la cabeza y estaba vestido con el hábito de la Orden de Santo Domingo; sobre el pecho tenía el cadáver multitud de escapularios, evangelios, un rosario, una cruz engarzada en cobre y otras reliquias; llevaba una banda de burato azul de uso interior, amarrada a la cintura, un cinto de cuero ceñido sobre el hábito y botas de cuero casi deshechas. Al exhumar el cadáver, el esqueleto se desarticuló, y fueron en consecuencia, sacados parcialmente sus restos. Mientras se concluían las prácticas asépticas que previene la medicina, el juez de primera instancia, don Ambrosio Ocampo, asistido de su secretario, don Vicente Castillejos, levantaba el acta judicial de la diligencia. Volvió a rezarse nuevamente un responso a solicitud del coronel Micheltoarena, y en presencia de los restos, el cura párroco de Cuilápam, don Ramón Castellanos, pronunció otro ardiente discurso en homenaje a la memoria de Guerrero. El pueblo, entre indignado y enternecido ve colocar la urna con los restos en



el carro que ha de conducirlos a Oaxaca. Estaba ricamente pintado de negro y oro, con el genio de la fama en la delantera, tenía un pabellón blanco recogido por clavos romanos de metal dorado y en la cúpula llevaba el gorro de la libertad. Al hacer la entrega oficial de los restos, el párroco cierra la urna con la llave de oro, suenan las descargas de artillería y la tropa presenta armas. Los clarines enlutados, al sonar marcialmente señalan el momento en que la comitiva ha de desfilar. Al frente iba la guerrilla de vanguardia, en seguida una cruz y ciriales encendidos, luego el contingente enviado por más de cuarenta pueblos del estado, encabezados por sus respectivas autoridades municipales; después una cabalgata de más de trescientos jinetes y a continuación los coches ocupados en la misma forma que antes. Cerraba la retaguardia la infantería en columna. Cada cuarto de hora se detenía la comitiva al escuchar un disparo de cañón, y se rezaba un responso. A las cinco y media de la tarde llegó el cortejo a la margen derecha del río Atoyac. Una inmensa multitud se encontraba en la margen contraria, esperando la llegada de los restos. Como ese sitio marcaba el lindero o frontera con la ciudad, se había improvisado un catafalco para depositar la urna, mientras se efectuaba la solemne entrega de su llave, que hizo el párroco Castellanos al cabildo eclesiástico y curas de la iglesia catedral que esperaban con sus vestiduras de ceremonial. Estos pasaron la llave a manos del gobernador de la mitra en sede vacante, D. Juan José Guerra y Larrea, pues con motivo de la ley de expulsión de españoles dada por el Congreso General, el obispo de Oaxaca, D. Manuel Isidoro Pérez, no obstante de que estaba exceptuado de esta pena, rehusó continuar en su diócesis y se fue a España. La comitiva continuó su camino a pie hasta la iglesia de San Francisco y para dar más solemnidad al acto, se iba deteniendo en cada esquina y era disparado un tiro de cañón, lo que también servía para anunciar a la ciudad que los restos del general Guerrero estaban ya en Oaxaca. Va cayendo la tarde y las campanas del templo anuncian el arribo del cortejo. El templo estaba engalanado: en el centro se ostentaba un mausoleo con versos e inscripciones latinas alusivas y en sus intercolumnios había cuatro genios llorosos y de luto. El remate era la imagen de la fe. Al colocarse la pira en



el mausoleo, dio principio el oficio de difuntos y desde ese instante, hasta las doce del día siguiente, se mandó que enmudecieran las campanas de los templos en señal de duelo y que cada cuarto de hora sonara la campana mayor de catedral en vacante, al mismo tiempo que se disparaba un tiro de cañón.

Al amanecer del primero de mayo marchó la comitiva a la iglesia catedral. Rompen la marcha los tambores; detrás, una compañía de granaderos; luego, cuatro piezas de artillería escoltadas por el Batallón Activo de Oaxaca, y en seguida cuatro caballos vestidos de luto talar, que llevan inscritos con caracteres rojos sobre los lomos el nombre de Vicente Guerrero. Les suceden las cofradías religiosas; después, cuatro monumentos llevados en andas, representando, respectivamente, a Marte, a la diosa Palas, a la América y al Sentimiento. Atrás, escoltadas por dos hileras de seculares con vestiduras, desfilaban las comunidades de dominicos, franciscanos, agustinos, betlemitas, mercedarios y filipos y a continuación la capilla de la iglesia catedral y los canónigos y prebendados. Luego iba la urna con los restos mortuorios, conducidos en andas (de plata) por el vicegobernador del estado don Manuel Jimeno Bohórquez Varela y otras personas distinguidas. Después desfilan los tres poderes del estado y el comandante de las armas y oficiales y la retaguardia la formaban los batallones activos de Oaxaca y Tehuantepec. El itinerario de la comitiva para catedral eran las calles de San Francisco, San Rafael, de la Lotería y de Manero.¹ Los balcones y azoteas estaban ahítos de concurrencia. Siete pabellones a media asta, estrenados ese día, remataban los principales edificios públicos.

Al llegar el cortejo a la catedral, fue colocada la urna en la bóveda central, donde había otra pira. Tenía dieciséis columnas de orden dórico. El cuerpo de remate de la pira con cuatro pirámides oblicuas de bases cuadrangulares y sus cúspides unidas en un punto donde se ostentaba la estatua del tiempo. En cada uno de los grandes intercolumnios se

¹ Ahora de Carlos María de Bustamante.



colocaron los monumentos de Marte, Palas, la América y el Sentimiento, y cuatro centinelas a la funerala hacen guardia al cadáver. Se cantaron los responsos y a las dos de la tarde, la comitiva fue profesionalmente a dejar al ejecutivo. La iglesia permaneció abierta con guardia en la puerta principal.

A las cinco de la tarde comenzó el ceremonial: la iglesia se preparaba para la vigilia y lucía un primoroso adorno con más de dos mil luces. La ceremonia concluyó a las siete y media y el cadáver quedó allí toda la noche para ser visitado por el pueblo. Los concurrentes pudieron admirar esa noche las numerosas e inspiradas poesías escritas en la pira, como un homenaje de las plumas oaxaqueñas a la memoria de Guerrero.

Apenas amaneció el 2 de mayo, el pueblo y las autoridades concurrieron a la gran misa de réquiem. La comitiva salió de palacio a las ocho de la mañana y era más numerosa que los días anteriores. A la hora del Evangelio ocupó el púlpito el senador y párroco don José Juan Canseco, quien lanzó una elocuente catilinaria a los verdugos de Guerrero e hizo una apología serena e imparcial del héroe. Prosiguió, a continuación, la misa y al ser elevada la hostia, atronó el ambiente de la catedral una formidable salva de artillería y fusilería.

Concluida la ceremonia, todos se alejaron y volvieron a reunirse a las cuatro de la tarde del mismo día. Salió la procesión de la catedral a Santo Domingo, en el mismo orden que lo hizo de San Francisco. En la puerta del templo la comunidad de la orden dominicana, abierta en dos alas, recibió al cortejo con los brazos entre los manguillos de sus hábitos. En el interior también había una magnífica pira formada por ocho columnas dóricas, con chapiteles dorados. Encima de una base que hay en el centro, cubierta con paño negro, se veía una casaca bordada, con charreteras puestas, banda ceñida, bastón, espada y sombrero de general de división. Al pie había muchos trofeos militares y en los intercolumnios se ostentaban cuatro genios enlutados, simbolizando la



Justicia, la Fortaleza, la Victoria y la Esperanza. En el segundo cuerpo de la pira, bajo un torreón, se destacaba la estatua de la América, portando en la mano izquierda un asta y un gorro de la libertad; en la derecha, las constituciones de la República y del estado. Los monumentos de Marte, Palas, la América y el Sentimiento, fueron colocados en los cuatro machones principales del templo, en tomo de la pira.

Al ser colocada la urna en su sitio, este momento se marca otra vez con el estruendo de la fusilería y la artillería. Entrada la noche, comienzan los oficios fúnebres, concluye la vigilia a las ocho, y es conducida la urna al sepulcro de piedra que se construyó en la capilla del Rosario, anexa al templo de Sto. Domingo. La urna quedó visible y ostentaba un epitafio escrito con letras de oro. Hechas las ultimas descargas, se retiró la concurrencia y el templo permaneció abierto hasta las diez de la noche para que los restos recibieran las visitas del pueblo.

Por fin, el tres de mayo concluyeron las solemnes exequias con la parte civil del ceremonial: o sea la colocación de la llave de oro de la urna en el cuello del diputado don Joaquín Guerrero, presidente de la cámara, acto previsto por el decreto respectivo. Como el palacio de los poderes del estado se encontraba en reparación, por acuerdo de las cámaras se instalaron éstas en el salón de estudios de Santo Domingo, levantándose en él un solio para servir de recinto al poder legislativo. Estando de pie todos los funcionarios públicos y el pueblo, el gobernador Ramírez de Aguilar colocó la llave que guardaba los huesos venerados al cuello del diputado Guerrero. Este acto, de enorme significación en aquellos momentos, retrata por sí mismo la serenidad con que procedió el partido popular confiando al ex gobernador Guerrero la custodia de los restos del caudillo, a él que tres años antes presidía la administración conservadora de Oaxaca y hostilizaba al partido vencido, de que era jefe el ex insurgente.



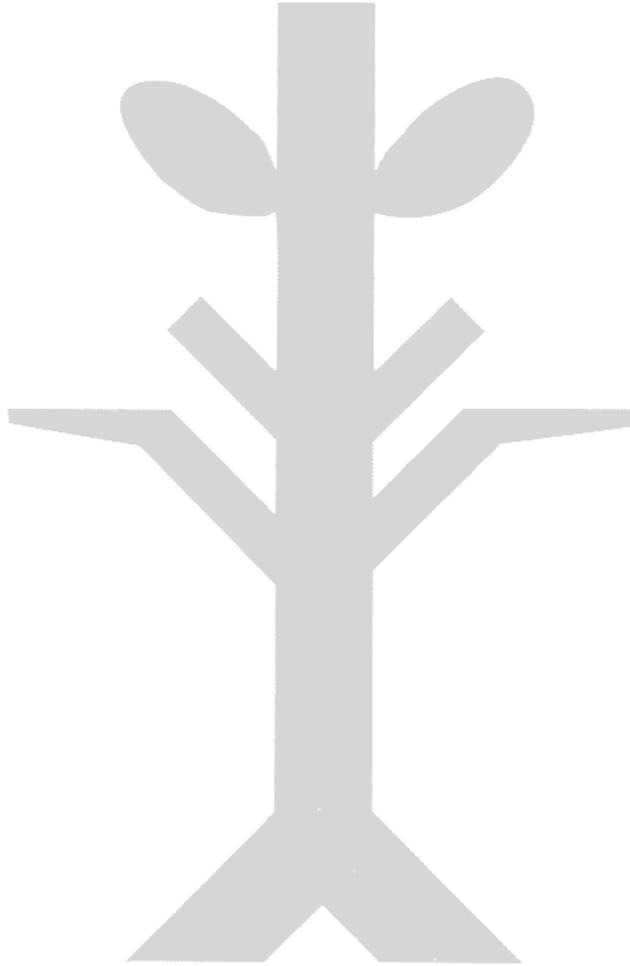
Con este acto terminó el desagravio, que el gobierno popular de Oaxaca organizó en homenaje al prócer del sur, que cayó en tierras nuestras, vencido por la traición y condenado por la perversidad de un gobierno ya juzgado por la historia. El clero de Oaxaca no pudo resistir a la orden disimulada del gobierno que lo llamaba a rendir homenaje a los restos de un hombre prócer, sacrificado por la facción de quien siempre se le juzgó aliado, y cumplió impelido más que por la amenaza de una coacción física —a la que jamás hubiera recurrido el gobierno— orillado por el ambiente del momento e interesado en cubrir su reputación. El gobierno y su partido acababan de dar un mentís a quienes los tildaban de herejes, de impíos y aun de ateos, imprimiendo a la exhumación de los restos del héroe un marcado sello de solemnidad religiosa que, además, satisfacía sinceramente el sentimiento de su fe. El clero se exponía, si se negaba, a que el desideratum del sector sereno de la sociedad le aplicara, en justicia, los dictados que daba a los demócratas; pero en realidad, salvo excepciones privadas, como persona moral le repugnó el acto de presidir y sancionar con su directa intervención esas exequias, que no fueron otra cosa que la consagración popular del jefe de los yorquinos sacrificado por los escoceses. Don Carlos María Bustamante dice que los “dominicos resistieron cuanto a su alcance estuvo el dar colocación a los restos en la capilla del Rosario; pero que hubieron de ceder, contentándose con no volver a decir misa en ella”.²

Este extremo los llevó a suprimir, en 1833, la solemnidad de la Virgen del Rosario, para evitarse así el oficiar junto a los restos de Guerrero, estulticia que sólo podía explicar un odio ciego, pues a la luz del derecho canónico, cuya observancia estricta podía justificar el hecho, Guerrero había muerto en el seno de la misma Iglesia cuyos ministros le repudiaban.

² *México a través de los siglos*, México, Ed. Cumbre, 1979, 15ª. ed., Vol. IV, p. 321-338.



El radicalismo que el clero usaba, pues, en defensa de su política de preponderancia, debe considerarse como el germen que, sin sospecharlo, preparaba la generación liberal de Oaxaca y, lo que es aún más, la falange de curas liberales que combatirían durante la Reforma los prejuicios en que se atrincheró la facción conservadora de México.



Fuente: Iturribarria, Jorge Fernando, *Historia de Oaxaca*, Oaxaca, Publicaciones del gobierno del estado, Comité Organizador del CDL aniversario de la ciudad de Oaxaca de Juárez, 1956, p. 188-192. Recuperado de Margarita Dalton (compiladora), *Oaxaca. Textos de su historia*, t. II, Gobierno del Estado de Oaxaca, Instituto Mora, 1997, p. 341-347.

